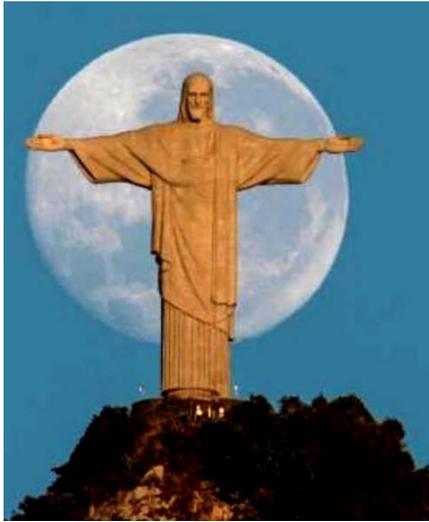


Cristo Rey del Universo - 24 de octubre de 2024

(Dn 7, 13-14; Ap 1, 5-8; Jn 18, 33b-37)



Este domingo es el último del año litúrgico. La Iglesia nos propone contemplar hoy el rostro de Cristo, Rey del universo. Hablar de la realeza puede hacer que todo lo que hemos aprendido en la historia sobre los reyes se nos suba a la cabeza. Como yo, ustedes conocen a reyes que han marcado la historia. Por ejemplo, hay San Luis, Luis XIV, Carlos V, Isabel II y otros. Todos ellos han gobernado en un territorio particular: son rey de Francia, rey de Inglaterra, rey de España. Hoy celebramos a Cristo, Rey del universo. Hay que entender que Jesús no reina sobre un territorio, sino sobre todo el universo. No solo sobre el mundo material que estamos explorando, sino también sobre el mundo inmaterial que escapa a nuestros sentidos. Su realeza no está ligada a un territorio como él mismo dice: "Mi reino no es de este mundo" (Jn 18,36).

Si Cristo es Rey, reina sobre todo y para siempre, porque su dominio es un dominio eterno y que no pasará, nos dice el profeta Daniel. La Iglesia al final del año litúrgico nos presenta el rostro de Cristo Rey para invitarnos a mantener ante nuestros ojos esta imagen de Cristo como término de nuestra vida, pero también como cumplimiento de la historia. Cristo es el que es a la vez origen y fin de todas las cosas. Él es el Rey de reyes. Por él y en él se ha hecho todo, y también en él todos encontrarán su cumplimiento. Esto es lo que nos dice el libro del Apocalipsis: Él es el Alfa y el Omega, el que es, el que fue y el que viene. El término, la meta de una ruta es lo que le da sentido.

Si Cristo es Rey, reina sobre todo y para siempre, porque su dominio es un dominio eterno y que no pasará, nos dice el profeta Daniel. La Iglesia al final del año litúrgico nos presenta el rostro de Cristo Rey para invitarnos a mantener ante nuestros ojos esta imagen de Cristo como término de nuestra vida, pero también como cumplimiento de la historia. Cristo es el que es a la vez origen y fin de todas las cosas. Él es el Rey de reyes. Por él y en él se ha hecho todo, y también en él todos encontrarán su cumplimiento. Esto es lo que nos dice el libro del Apocalipsis: Él es el Alfa y el Omega, el que es, el que fue y el que viene. El término, la meta de una ruta es lo que le da sentido.



La fiesta de Cristo Rey quiere así convertir nuestros corazones para que comprendamos que el verdadero poder reside misteriosamente en la humillación y la entrega de sí mismos. La omnipotencia de la realeza de Cristo no se manifiesta en violencia y opresión, ni en venganza y castigo, sino en amor. Jesús es el único rey que reina sobre una cruz. La omnipotencia de la cruz, la omnipotencia de la verdad, la omnipotencia de Dios que se hace pequeño, humilde y siervo. Es una omnipotencia que no aplasta, sino que es aplastada. Una omnipotencia que no destruye la vida, sino que la restaura. Una omnipotencia de verdad que no excluye, sino que acoge a todos los hombres y mujeres de todas las lenguas, pueblos y naciones. Jesucristo es el Rey de la tierra y del cielo, el escalón de su trono es la cruz.

Siguiendo a Cristo, compartimos su realeza, pero su realeza no nos hace superhombres y mujeres. Al contrario, nos invita a la humildad, al servicio y a la solidaridad. Ella nos invita a la verdad de un

amor que se da y ofrece para la salvación de todos. Cristo es Rey porque encarna la verdad que consiste en dar la vida siendo él mismo verdad y vida. El Jueves Santo, antes de sufrir su pasión, Jesús se arrodillaba y lavaba los pies de sus discípulos. Él es el Rey que sirve y da su vida por sus súbditos. En el día de vuestro bautismo habéis recibido la unción del santo crisma, y habéis sido configurados a Cristo como sacerdote, profeta y rey. Con Cristo y por nuestro bautismo todos somos reyes y reinas. Así que conservemos nuestra dignidad real. ¡Amén!



Jean Didereau DUGER, smm